

**“LA VOLUNTAD Y EL PODER DE CRISTO Y NUESTRA FE”
(MATEO 8:1-4)**

**(Domingo 19 de marzo de 2017)
(No. 672)**

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)



“Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció” (Mateo 8:3).

La enfermedad es una tremenda realidad en la vida humana. Y no es exclusiva de los que no conocen a Cristo, sino también la padece el pueblo amado de Dios. Ahora mismo, algunos queridos hermanos y hermanas están enfrentando alguna valerosamente. Sí. Es innegable que estamos en una gran lucha contra estos padecimientos.



Pero hay algo que también es verdad y en lo cual debiéramos pensar con mayor frecuencia y tomarnos fuertemente de esta certeza: Que tenemos un Poderoso Salvador que es Cristo Jesús quien nos puede sanar de toda enfermedad. Sí. Porque Cristo salva, pero también sana.

Al estar orando por nuestros hermanos enfermos me gusta repasar algunos textos en la epístola del apóstol Pablo a los Colosenses y que me hablan del tremendo poder que hay en nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Les comparto:

“Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud” (Colosenses 1:15-19). Otro pasaje dice: ***“Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad” (Colosenses 2:9-10).*** Y otro más dice: ***“... y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3).***

Es mi más grande deseo que estos pasajes también les consuelen a ustedes. Y es que no tenemos otro refugio contra el turbión, no tenemos otro castillo fuerte, no tenemos otro escondedero contra la tormenta, sino sólo a nuestro Salvador.



Por eso, haremos bien en acudir a ÉL siempre.

Hoy deseo compartirles acerca de la sanidad de un hombre que estaba enfermo de lepra. Nuestro pasaje nos sitúa en el momento en que el Maestro finaliza su precioso Sermón del Monte. Tal vez viene bajando cuando lo aborda un hombre leproso. Es muy probable que éste estuviera agazapado, escondido entre los arbustos, pues no le era permitido estar entre la gente. Pero a él no le importó si lo descubrían o no, él sabía que Jesucristo era su Única Esperanza de sanidad y se

acercó a ÉL.

1. Observemos la voluntad de Cristo.

“Cuando descendió Jesús del monte, le seguía mucha gente. Y he aquí vino un leproso y se postró ante él, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció” (Mateo 8:1-3).

Miremos con atención lo primero que el Señor le dice a aquel hombre necesitado: ***“... Quiero; sé limpio”***. Es una frase que revela la voluntad de sanar del Señor. Si bien es cierto que la Escritura dice que el Señor extendió su mano y le tocó, me encanta imaginarme que no sólo fue un toque sobre la cabeza, sino una caricia en el rostro, tal vez cubierto de llagas purulentas, de aquel pobre hombre. Sí. Nuestro Señor tiene la voluntad inquebrantable de sanar.

Echando un vistazo al resto del capítulo ocho de Mateo podemos ver esa misma voluntad de sanar:

- (1) Con el siervo del centurión ÉL dijo yo iré y le sanaré (v. 7).
- (2) De inmediato atendió y sanó a la suegra de Pedro (v. 15).
- (3) Y atendió a todos los enfermos que fueron traídos a ÉL (v. 16).
- (4) Sanó al endemoniado de Gadara (vv. 23-34).

Sí. La voluntad de nuestro Señor Jesucristo es nuestra salud. Que estemos bien. Debemos llenar nuestra mente y corazón de esta verdad. ÉL procura nuestro bien. ¿Dejaremos en sus poderosas manos nuestros males? ¿Confiaremos sólo en ÉL?

2. Observemos el poder de Cristo.

“Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio. Y al instante su lepra desapareció” (Mateo 8:3).

Dice nuestro pasaje que al instante la lepra de aquel hombre desapareció. En esta sanidad queda plasmado el gran poder de nuestro Salvador y Señor.

Hagamos otro breve recorrido por este capítulo y tomemos nota de los pasajes que nos hablan de su tremendo poder: (1)

El leproso fue sano sólo con el poder de la palabra del Señor, si bien es cierto que le tocó, pero la Biblia dice en la versión de Marcos: ***“Y Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano y le tocó, y le dijo: Quiero, sé limpio. Y así que él hubo hablado, al instante la lepra se fue de aquél, y quedó limpio” (Marcos 1:41-42).***



(2) Al siervo del centurión lo sanó con su palabra: ***“Respondió el centurión y dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará” (Mateo 8:8) “Entonces Jesús dijo al centurión: Ve, y como creíste, te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella misma hora” (Mateo 8:13).***

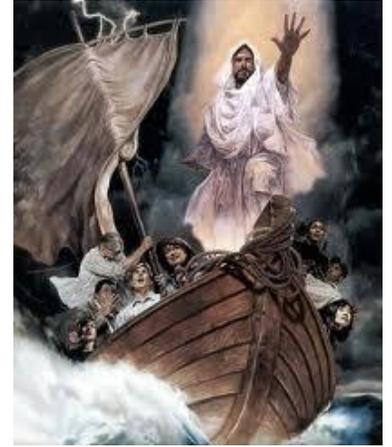
(3) A la suegra de Pedro, aunque dice que le tocó, también es cierto que con su palabra reprendió a la fiebre: **“E inclinándose hacia ella, reprendió a la fiebre; y la fiebre la dejó, y levantándose ella al instante, les servía” (Lucas 4:39).**

(4) Fue con el poder de su palabra que sanó a los enfermos y echó fuera los demonios: **“Y cuando llegó la noche, trajeron a él muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos” (Mateo 8:16).**

(5) La tempestad fue calmada con su sola palabra: **“Él les dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Entonces, levantándose, reprendió a los vientos y al mar; y se hizo grande bonanza” (Mateo 8:26).**

(6) Y los miles de demonios salieron del gadareno sólo con una sola palabra de ÉL: Id. **“Él les dijo: Id. Y ellos salieron, y se fueron a aquel hato de cerdos; y he aquí, todo el hato de cerdos se precipitó en el mar por un despeñadero, y perecieron en las aguas” (Mateo 8:32).**

¡Qué gran poder el de nuestro Señor Jesucristo! ¡Gloria sea sólo a ÉL! Muchos piensan que los milagros ya no son para nuestros tiempos, pero eso no es verdad, puesto que nuestro Señor **“Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8).** ¿Vendremos a este Rey Todopoderoso? ¿Le traeremos nuestras cargas, necesidades y enfermedades? ¡En ÉL hay poder de Dios para sanar!



3. Observemos nuestra fe.

Aquel leproso no se detuvo ante nada. No le importó si estaba sucio y maloliente. No le importó su condición física: era un leproso. No le importó su situación ceremonial: era inmundo. No le importó su clase social: era indigente, pobre y menesteroso. No le importó el peligro que corría pues podría ser apedreado. Su fe fue más fuerte que todos los prejuicios y riesgos. Su fe fue realmente grande. Cabe entonces una pregunta aquí: ¿Cómo está nuestra fe?

Si volvemos a hacer un breve recorrido por este capítulo ocho de nuestro evangelio observaremos varias clases de fe.

(1) ¿Es nuestra fe como la fe de este hombre leproso que lucha hasta conseguir la bendición?

(2) ¿Es como la fe de los judíos que el Señor reprueba? **“Más los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mateo 8:12).**

(3) ¿Es nuestra fe como la fe de los apóstoles que el Señor reprende? **“Él les dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? (Mateo 8:26).**

(4) ¿Es nuestra fe como la fe del centurión que el Señor enaltece delante de todos? **“Al oírlo**

Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe” (Mateo 8:10). ¿Cómo es nuestra fe?



En cierta ocasión el Señor hizo una pregunta a sus discípulos que les perturbó: **“... Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Lucas 18:8).**

Nuestro Señor espera que cuando ÉL venga por segunda vez nuestra fe sea para su alabanza, gloria y honra. Dios dice a través del apóstol Pedro: **“para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo” (1 Pedro 1:7).**

La victoria sobre las enfermedades, los dolores, las tentaciones, las pruebas, las necesidades, la falta de trabajo y todo lo que nos pueda pasar en este mundo, la tiene nuestro Poderoso Señor Jesucristo y es nuestra también a través de la fe.

El apóstol Juan escribió: **“Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? (1 Juan 5:4-5).**

¿Tendremos esa clase de fe que vence a todo el mundo?

Tenemos en los evangelios una historia de un padre que tenía un único hijo, el cual padecía de un demonio. El padre de familia se acerca a Jesús y le pide que si puede hacer algo, lo haga por compasión a ellos. Pero el Señor Jesucristo le devuelve la frase diciéndole: ¿Cómo si tú puedes? O como dice la versión Biblia de Jerusalén: “¿Qué es eso de si puedes? Ya que su poder divino no está en tela de duda, sino la fe del que pide su misericordia. Por eso el Señor agrega una de las más hermosas verdades del evangelio: **“Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible” (Marcos 9:23).**



Sí, con esa fe firme, fuerte, inquebrantable, acerquémonos confiadamente al trono de la gracia de Dios para pedir su gracia y oportuno socorro para nuestras vidas. Recordemos lo que dice la Biblia acerca de la fe: **“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (Hebreos 11:6).**

También recordemos lo que dice acerca de nuestra fe a la hora de pedir algo en oración: **“Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor” (Santiago 1:6-7).**

Amados, si nuestro Señor quiere y si nuestro Señor puede, entonces solo falta nuestra fe. ¡El Señor aumente nuestra fe, ya que sin fe es imposible agradar a Dios! ¡Así sea! ¡Amén!

Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela

RINCÓN PASTORAL:

“SABER ORAR ES SABER ESPERAR”

Isaac se casó con Rebeca. Pero Rebeca era estéril. La esterilidad de Rebeca no era el mismo caso de Sara cuya matriz estaba muerta, sino que la situación de Rebeca era mucho peor, pues ella no tenía matriz, era como si se la hubieran extirpado (diccionario de Strong del hebreo עקר acár H6131). Así que Isaac comenzó a orar a Dios. **“Y oró Isaac a Jehová por su mujer, que era estéril; y lo aceptó Jehová, y concibió Rebeca su mujer” (Génesis 25:21).** En apariencia, el texto nos dice que tan pronto Isaac oró, el Señor contestó y Rebeca pudo concebir, pero lo cierto es que no fue así. Él esperó, no uno, ni dos, ni tres, ni cinco, ni diez, ni quince, sino veinte años! Isaac mantuvo inmovible su fe y su paciencia.

**“Ve, y como creíste, te sea hecho...”
(Mateo 8:13)**